

# Los Duraznos

*Leon Tolstoi*



**T**ijon Zuzmich era un campesino. Cierta día, al regresar a su casa, procedente de la ciudad, llamó a sus cinco hijos y les dijo:

—¡Mirad qué regalo os traigo de parte del tío Efraín!

Los niños acudieron presurosos y miraron cómo el padre abría el paquete.

—¡Oh, qué manzanas tan bonitas! —exclamó Vania, un muchacho de seis años—. ¡Mira, María, qué rojas son!

—Me parece que no son manzanas — dijo Serguey, el mayor—; la corteza parece cubierta de terciopelo.

—Son duraznos —dijo el padre—. Nunca habíais visto esta fruta. El tío Efraín los ha cultivado en su invernadero, porque los duraznos sólo maduran en los países cálidos. Aquí sólo pueden conseguirse en los invernaderos.

—¿Y qué es un invernadero? —preguntó Volodia, el tercer hijo de Tijon.





—El invernadero es una construcción de paredes y techo de cristal. Se construye así para que el sol pueda calentar más las plantas. Y en invierno se mantiene la misma temperatura por medio de una estufa.

Y volviéndose hacia su esposa, dijo:

—Toma, mujer. Para ti el durazno más grande, y los demás para vosotros, hijos míos.

Al llegar la noche, Tijon preguntó:

—¿Qué os ha parecido la fruta del tío Efraín?

—Tiene gusto fino y es muy sabrosa —dijo Serguey—. Quiero plantar el hueso en una maceta, quizá salga un árbol.

—Probablemente serás jardinero, ya que se te ocurre pensar en cultivar árboles.

—Y yo —dijo el pequeño Vania— he encontrado el durazno tan bueno, que le he pedido a mamá la mitad del suyo, pero he tirado el hueso.

—Tú todavía eres demasiado chico —murmuró el padre.





Y Vasili, el segundo de los hijos, dijo:

—Sí... Vania ha tirado el hueso..., pero yo lo recogí y lo rompí. Estaba muy duro y dentro tenía una cosa que me comí. Tenía un gusto parecido a la nuez, pero era más amargo. En cuanto a mi durazno, no me lo comí. Lo vendí por diez copecs . Creo que no valía más.

Tijon movió la cabeza y dijo:

—Demasiado pronto empiezas a negociar. Tú serás comerciante.

—Y tú, Volodia, ¿qué me dices? —preguntó a su tercer hijo—. ¿Tenía buen gusto tu durazno?

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Es que tampoco te lo has comido?

—Se lo he llevado a Grischa... Está enfermo. Le conté lo que tú nos dijiste de la fruta... Lo miraba, pero no quería cogerlo. Entonces se lo dejé y me fui.

El padre puso la mano sobre la cabeza del niño y dijo:

—Dios te lo devolverá.

